

# I

## El hombre sin nombre

Las gentes catalogan mi historia como la ilusión propia de quien vive maldecido por la carencia de raciocinio. Muchos son los relatos de otros simples humanos que juran categóricos haber recorrido el Bifröst para abandonar el mundanal Midgard y adentrarse en Asgard tras cruzar Himinbjörg, deteniéndose antes a compartir hidromiel con Heimdal. Otros testimonios aseguran haber vivido el Ragnarök, desde la horrida convulsión de Yggdrasil hasta las últimas andanadas abrasivas de Surtr; ¡incluso detallan con nivel vívido el renacimiento de la vida en Iðavöllr! Los oyentes de tales experiencias rompen en estridentes risotadas hilarantes, y el narrador, colérico por negarle la veracidad a su testimonio, prorrumpe en desenfrenados insultos y se retira ultrajado. Es fácil intuir por la ferocidad de sus palabras que desearían, en el interior más abyecto donde nuestros deseos de mayor oscuridad permanecen enclaustrados, acabar con sus vidas, aun conociendo que su sino tras la muerte sería acabar en Náströnd<sup>1</sup>, añadiendo un nuevo cadáver a la pila infinita. Es precisamente en este lugar donde comenzó mi historia.

En la taberna de un pequeño lugar gobernado por el *jarl* más benévolo cuando el pueblo lo miraba, pero el más insidioso cuando nadie lo hacía, compartí con un afligido aldeano una *gotlandsdricka*<sup>2</sup> y, en ese ambiente donde la malta ahumada rezumaba del líquido de tan embriagadora fragancia y dulce sabor, le propuse relatarle la historia más increíble que hubiera oído jamás. Se mostró contrario a tan severa afirmación. Le respondí:

—Te aseguro, y que los dioses preparen para mí el más despiadado castigo si miento, que son verdaderos los hechos que voy a narrarte; si no me crees, cuando pronuncie la última palabra te mostraré la mayor prueba que tus ojos cansados hayan contemplado. Aunque espero no tener que recurrir a ella». El desconocido se rio, no obstante, finalmente accedió, bien fuera por ociosidad, bien por poder deshonrarme entre indignantes risas.

El establecimiento apenas estaba ocupado. La madera oscura, el parcial silencio y nuestra posición apartada conjuraban una perfecta armonía.

—Así fue como Loki me salvó de Náströnd y me obsequió con un poder que ningún mortal puede poseer —le anuncié el título de mi increíble aventura.

Podía mostrar un tardío y fingido arrepentimiento a los dioses, pero mi destino ya estaba anclado a Hela y mi lugar de descanso sería en la playa donde los criminales como yo íbamos a parar. Los únicos recuerdos que prevalecían de mi antigua existencia eran los rostros de mi mujer y los hombres que yo consideraba familia de batalla, los hombres en los que en muchas incursiones deposité mi vida y ellos confiaron la suya a mi cuidado, esos con los que recorrimos largas distancias para comerciar... Esos que faltaron a su honor yaciendo junto a mi amada en nuestro lecho, aprovechando una ausencia mía para subir la ladera y conseguir unos leños. No confiaban en mi raudo regreso, y lo que yo no esperaba era encontrarlos dividiéndose las porciones de su cuerpo, la representación fidedigna de la diosa Freyja en nuestro mundo.

Aún atraviesan mi mente aquellos recuerdos lacerantes. Cuando pienso en ellos, vuelven en un bucle reiterativo, como una especie de castigo: los sonidos proferidos por su voz rota de inconmensurable placer; su rostro porcelánico retorcido en muecas que únicamente había visto bosquejadas con anterioridad y no siempre; la acuosidad de sus miembros chocando contra su boca y que de vez en cuando embotaba sus gritos; la salva frenética de golpes secos que hacían temblar sin descanso todas las líneas definidas de su cuerpo, agitarse su áureo cabello y bambolear sus pechos tallados con la perfección que dedica el más metódico de los artistas.

Cuando entré en nuestros aposentos, permanecí inmóvil, portando la madera bajo el brazo izquierdo y agarrando el mango del hacha con la mano derecha. Un abrupto silencio se instauró en el dormitorio. Los infractores me miraron con los ojos engrandecidos y la sorpresa petrificada en las caras. Observaba el acelerado ritmo de los pechos inflándose para recoger aire y encogiéndose para expulsarlo. El sudor no solo pringaba sus cuerpos, sino también la atmósfera, convirtiendo el aire en algo enrarecido y repugnante de respirar. Ciertamente es que esa apreciación algo errónea solo se debía al acto de traición sufrido, ahora que me detengo a pensar.

Nadie pronunció palabra alguna; ni un gesto dibujamos ninguno. Simplemente permanecemos quietos, congelados en el tiempo. Y, sin embargo, en mi interior bullía una creciente ira sanguinolenta. Si bien no he sido obsequiado con la belleza de Balder, sí fui alabado con su inteligencia, así como con la fuerza de Thor y un cuerpo de anchos hombros y robustas manos que muchos enemigos vieron abalanzarse sobre ellos.

Dejé caer los leños sumido en un influjo del que no quería escapar. Rodaron una corta distancia mientras hacían crujir el suelo de madera. Mi pecho sobresalió del resto de mi cuerpo y luego enflaqueció siguiendo el ritmo de mis parsimoniosas respiraciones. Mis fosas nasales arrojaban cortinas de denso y cálido aire. Entonces, con voz sosegada, sin apartar mi mirada perdida del rostro de los traidores, le... *sugerí* a mi mujer que abandonara el hogar. Hizo caso omiso. Aguardé un momento y volví a repetir las palabras:

—Helka, por favor, márchate.

No recuerdo qué nombre pronunció, pero sé que se refería a mí. En realidad, no me importa haber olvidado cómo me llamaba.

—..., ¿por qué actúas así? No es la primera vez...

No, no lo era. Por parte de ninguno. Incluso en varias ocasiones compartimos el placer. El dolor residía en la envidia que les profesaba a esos hombres: cuerpos que incluso los dioses codiciarían, ninguna imperfección que narrase el horror de las batallas. Pero, sobre todo, deseaba tener el tamaño anormal de su falo y la destreza que parecían demostrar con él. Sin embargo, en el fondo, eran débiles. Solo se mostraban valerosos con quienes percibían inferiores a ellos y podían aplastar haciendo gala de su engreimiento.

Invadido por la impaciencia, y antes de que fueran conscientes de la situación, me planté frente a ellos tras dar unas rápidas y largas zancadas. Apreté los dientes y solté un grito impulsivo. Afiancé el agarre del hacha y la elevé por encima de mi cabeza. Solo tuvieron tiempo para gritar aterrados antes de que el filo del arma silbase en el aire y cayera con rapidez sobre el miembro viril, semiintroducido en el interior de mi mujer, del hombre que estaba detrás de ella. La hoja lo atravesó sin dificultad, haciendo manar de su entrepierna un géiser carmesí. El órgano palpitante cayó sobre las sábanas blancas, tiñéndolas de rojo, expandiéndose el color como un charco. Recuerdo que ese trozo endurecido de carne se sacudió un par de veces como un pez fuera del agua.

Mi esposa reptó por la cama y se refugió en el extremo pegado a la pared. El otro hombre saltó de ella, buscando huir despavorido. Menudo cobarde. Los dioses rieron y festejaron su muerte. El castrado seguía rompiéndose la garganta en ensordecedores lamentos. Puso los ojos en blanco y se tambaleó, pero antes de que cayera le asesté un último golpe con el hacha en el cráneo, clavando su cuerpo con la firmeza de un tronco en la tierra. La cuchilla, manchada con su sangre fálica, se había incrustado con profundidad. Tuve que

removerla en su interior, tirando con fuerza del mango. El líquido me salpicó el rostro y el arma en el primer impacto y descendió por su cara hasta cubrirla por completo. Conforme sacaba la hoja, de la enorme grieta abierta brotaban mayores arroyos caudalosos de sangre oscura y espesa.

El otro traidor se había alejado, mas no lo suficiente. Inspiré con fuerza, me incliné hacia atrás y, de nuevo, coloqué el hacha detrás de mi cabeza. Me agaché y arrojé el arma agrupando toda mi desmesurada energía, que solo la furia era capaz de insuflarme. Recorrió la distancia que nos separaba hasta impactarle en la espalda. Las piernas se le doblaron y cayó al suelo exclamando un profundo grito. Su cuerpo se deslizó un poco sobre las tablas; su boca no paraba de soltar quejidos. Se arrastró con las exiguas fuerzas que conservaba, la sangre corriendo dividida por su espalda desnuda, remedando las raíces del Yggdrasil.

Me acerqué a él con la superioridad de quien tiene doblegado al enemigo. Llegué a su altura y cargué el peso de mi pierna en su cuerpo. Agarré el mango del hacha con ambas manos y la extraje de su piel mientras hurgaba con el arma para que sintiera el filo retorciéndole la carne. Me deleité con la sonoridad que producía el corte: era como remover abultadas hojarascas en un pozal lleno de agua. Él no paraba de romperse la voz, exclamando retorcidos gritos de dolor, incluso liberó un resquebrajado llanto. Pateé su cuerpo hasta colocarlo boca arriba. Hinqué una rodilla y apoyé la mano izquierda en ella; con la otra mano deslicé sin presionar la cuchilla por su pecho, descendiendo con mucha lentitud mientras hendía su piel abriendo una línea ensangrentada.

—¿Por qué vosotros? Tenéis lo que ansío y os habéis atrevido a fornicar con Helka. Lo siento, no quería hacerlo.

Antes de que llegara a comprender mis palabras, de que entreviese una intención palpable —habría actuado con rapidez si el sobrecogimiento no hubiera atenazado sus músculos y su cerebro—, llevé la mano apoyada en la rodilla a su entrepierna. Le agarré el extremo del miembro y lo estiré. Con la otra mano levanté el hacha y se lo segué por la base como si arrancara una mala hierba.

Se retorció con violentas sacudidas. Lancé lejos su falo y, seguidamente, le hundí el hacha en el cuello; por un momento creí que los huesos terminarían quebrándose hasta que la unión entre el resto de su cuerpo y su cabeza dejase de estar supeditada por ellos. Una cascada granate salió de sus labios y cayó a mis dedos. Le saqué el arma y me levanté.

Observé su cuerpo, que se sacudía con lentitud. Su boca intentaba pronunciar algo, pero la sangre ahogaba todo intento. No podía ver a aquel hombre en ese estado. Volví a alzar el arma para bajarla con la sequedad de un leñador rompiendo por la mitad un leño hasta separar la cabeza de los hombros; ¡aún me río recordando cómo rodaba una pequeña distancia por la madera mientras tenía una mueca de espanto dibujada en su rostro!

Acudiría a la casa de al lado para confesar los asesinatos. Me deparaba el destierro, no pagaría retribución alguna a sus familiares. Ante la negativa que plantearía, ellos buscarían su propia venganza personal: ejecutarían el cobro de mi delito con mi propia vida. ¿Qué podía hacer, si no? Mi destino ya estaba trazado aunque intentara enmendar mi yerro; error que, debo aclarar, no supuso ninguna carga en mi conciencia: fue una explosión liberadora, como si por un momento sintiera el júbilo desmesurado del gran lobo Fenrir, en el devastador Ragnarök, rompiendo las cadenas que lo aprisionaban. Aguardaría la muerte que merecía, la que todo hombre que no se arrepiente de sus actos merece.

Pero un punzante calor dañino cosquilleó en mi espalda, rompiendo el efímero éxtasis de mi jocosidad. El dolor me aplastaba los órganos. Mis labios se abrieron y profirieron estremecedores y cavernosos gritos aflictivos que terminaron convirtiéndose en gorgoritos. Saliva y sangre borbotaron de mi boca, mezclándose en una pegajosa capa que se derramaba en hilos oscuros por todo mi cuerpo. La punta de la espada, mi propia arma, surgió mirándome bromista desde mi estómago, con gotas rojas escurriéndose del filo. Me estaba recordando que no era el único que sabía empuñarla y matar a alguien. La sustancia viscosa recorría los centímetros de la acanaladura que se asomaba, ramificándose en el extremo contrario. La hoja brillaba lustrosa a la luz de la sangre y el cálido fulgor vibrátil de las velas.

La espada se deslizó por el orificio y terminó de cortar las telarañas de tejidos que formaban mi interior. Una corriente reptó lentamente por mis extremidades hasta entumecerlas, como si el glacial frío del Niflheim hubiera reclamado mi ser. El hacha se escurrió entre mis dedos inertes, y mi cuerpo, incapaz de sostenerse sobre mis pétreas piernas, se bamboleó. Pese a que me oponía a entregarle a la rendición su codiciado trofeo, que era mi propia derrota, terminé sucumbiendo a su poder.

Quedé muy cerca del cadáver de mi mejor amigo, o quizá fuera de su cabeza, no recuerdo bien. Seguí vomitando sangre mientras cada músculo vibraba inconsciente en violentas arremetidas. Ahora yo era el pez que rebotaba anhelando el agua y repudiando el nocivo

aire. El sudor creó una cortina transparente de agua viscosa que nublaba mi visión. Los objetos dejaron de tener forma para convertirse en motas difusas, lejanas como la tierra oteada en lontananza en una travesía marina. La realidad se juntaba y separaba como si jugase conmigo.

En mi lenta agonía, retrocedí a reminiscencias pasadas, a tiempos donde solo combatía con espadas de madera contra mi padre o enemigos hechos con fardos de heno; a tiempos donde me sentía exultante, poseído por el deseo de poder y descubrimiento del primer viaje; a instantes donde aprendía a labrar el campo y me preparaba para el inminente futuro, o recordaba los primeros viajes en busca de comercio, sintiéndome empequeñecido por la grandeza de la tierra desconocida e imponente que se alzaba frente a mí. Lo último que recordé fue a mis padres, arrodillados frente a mí en el lugar que conocía como hogar en mi vida adulta, posando una mano sobre mi hombro. Notaba su pesadumbre, la terrible vergüenza que yo les hacía sentir. Negaron repetidas veces con la cabeza. Lloraron, si bien de sus párpados no bajaron lágrimas, sino ríos de ónice que arrancaban la piel de su rostro y permitían asomarse a los huesos rotos y podridos ocultos bajo esa capa superficial; ríos que incluso manaban de las concavidades vacías donde antes iban sus ojos, arrojando las bolas teñidas de blanco nival y verde glauco. La estancia, igual que ellos, se derritió como la cera de una vela.

Y entonces, una negrura tan densa como el inexorable Ginnungagap<sup>3</sup> ocupó toda mi visión, devorando los colores hasta arrojarme a la oscuridad que, ansiosa, aguardaba mi llegada. No pude ver por última vez el rostro de mi esposa, pero así era mejor. La muerte se habría tornado sobrecogedora si hubiera descubierto su expresión triunfal e iracunda por haber terminado con mi vida.

Los sentidos se prendieron al unísono, aunque uno de ellos se anticipó a los demás por una nimia diferencia: un siseo colérico. Desperté sobresaltado, corroyéndome el calor inoculado del veneno de los esputos arrojados por las bocas de las serpientes. Grité como nunca antes lo había hecho, hasta romper las cuerdas de mi garganta. Algo o alguien se había introducido en mi piel y estaba retorciendo cada vena, cada músculo, cada hueso; sentía las propias serpientes en mi carne, se movían pulsátiles en mis sienes y jugaban con mi cerebro. El dolor no me abandonaba, sino que se intensificaba sin piedad,

corrompía cada sección. Mis lamentos reverberaban contra las paredes de la sala, donde los incesantes animales me cubrían con su saliva mortífera. El hedor de los cadáveres, algunos en más avanzado estado de descomposición, me bloqueaba toda respuesta de actuación. Una columna acre ascendió por mi boca hasta salir convertida en un vómito verde claro; arrojé la sustancia más de una vez, y más de una vez tragué parte de ella.

Me estaba asfixiando, debía moverme. Los brazos y las piernas, por un motivo que sí alcanzaba comprender pero me producía impotencia, no podían zafarse de la presión a la que unos cuerpos las sometían. Me sacudí, pateando la carne putrefacta de los cadáveres y desprendiéndola para desnudar los huesos. El olor aturdí y entorpecía mis movimientos, mis sentidos. Asimilé haber despertado para volver a cerrar los ojos.

Quizás mi situación desesperada hubiera levantado la compasión de uno o varios dioses, quizás no, mas sentí que alguien me concedía, me inoculaba el vigor que necesitaba para escapar de allí. Liberé los brazos y las piernas y, con un movimiento rápido, me incorporé. Me agarré a un cuerpo que era mitad carne y mitad hueso, bajé la cabeza y expulsé por la boca las últimas bocanadas ardientes, ensuciando todavía más a los pobres desgraciados que me acompañaban. Podía haberme recuperado; sin embargo, no sucedió. Me sentía febril, mareado, endeble, como si mi cuerpo hubiera languidecido con excesiva rapidez. Intenté levantarme, pero mis brazos temblaban y, cuando asomaba la posibilidad de poder alzarme, caía nuevamente encima de los cadáveres.

Otra oportunidad me concedieron, aunque sentía que si la desaprovechaba ya no tendría más. Debería renunciar al hilo del que se asía mi esperanza. Pero ¿por qué le negaba al destino su propiedad? Era como si los *einherjar*<sup>4</sup> se opusieran a combatir en el gran salón de Asgard. No tenía ningún sentido que yo, condenado a ese mundo por cometer asesinato, pretendiera escapar de él, sublevarme a quien había reclamado la dirección de mi vida antes siquiera de haber nacido. «Pero los deseos de los dioses son caprichosos», le comenté al oyente de mi historia, esbozando una sonrisa.